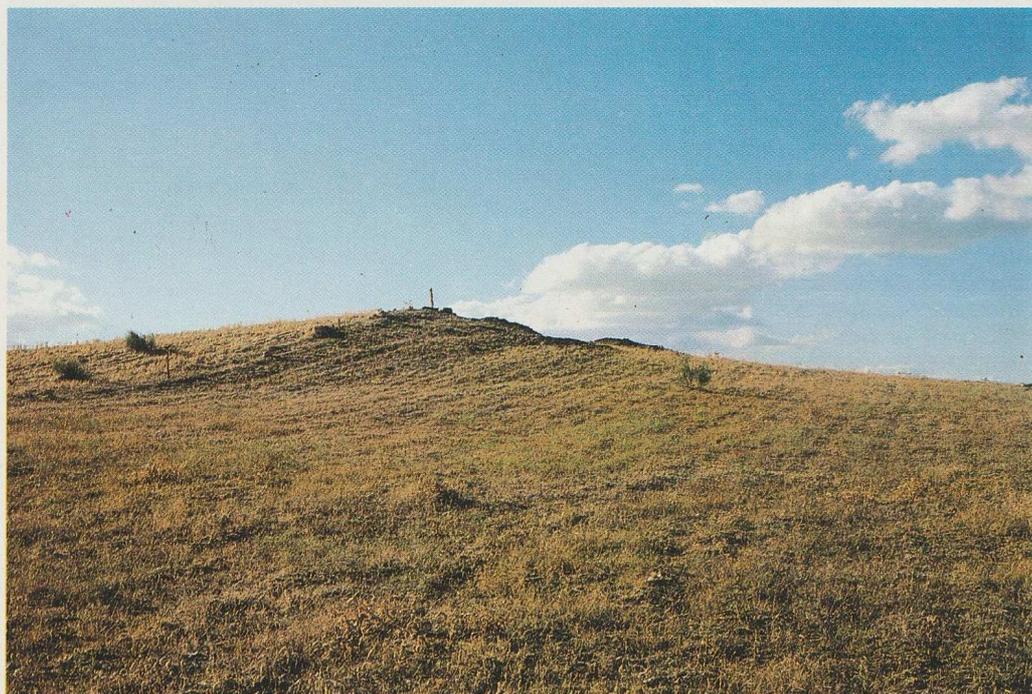


IBEROS Y CELTAS EN LA PENILLANURA DE LOS PEDROCHES (Córdoba)

Texto y fotos:
Luis Alberto López
Palomo

Con resonancias próximas de "serranillas" del **Marqués de Santillana** y evocaciones poéticas de **Machado**, la Sierra Morena cordobesa cierra el Valle del Guadalquivir por el norte y se diluye en la Meseta sin apenas contraste de relieve.

Este viejo reborde herciniano que introduce a Extremadura y Castilla en las planicies de la Andalucía bética tiene en el "batolito de Los Pedroches" una de sus comarcas naturales más definidas.



Entre las cotas de 500 y 800 m. el impropia-mente llamado "Valle de Los Pedroches" se cierra en su porción central con las curvas de 600-700 m., correspondientes también al núcleo de mayor concentración urbana de toda la comarca.

Con capitalidad administrativa en Pozoblanco, una dispersión de pequeños y bellos pueblos desde El Viso a Torrecampo salpican un paisaje de penillanura granítica con núcleos de población relativamente concentrada en Villaralto, Dos Torres, El Guijo, Villanueva del Duque, Añora, Alcaracejos y Pedroche, núcleo primigenio de unos asentamientos bajo-medievales responsables del urbanismo actual y cabecera de la toponimia comarcal.

En contraste con esta proliferación urbana, el resto de

la serranía Morena de Córdoba presenta una fuerte dispersión del hábitat, cuando no un auténtico vacío demográfico en los extremos este y oeste provinciales y en la zona de piedemonte, hacia el Guadalquivir.

El río introduce una división provincial que se articula al norte en la extensa comarca de la "Sierra de Córdoba", de fuerte personalidad geográfica y de unos caracteres arqueológicos de extraordinaria importancia que sin embargo no han recibido la atención necesaria de los investigadores, por lo general más dedicados al estudio de la mitad meridional cordobesa.

Con algunas honrosas excepciones, antiguas y actuales, la impresionante dimensión arqueológica de la Córdoba septentrional ha pasado desapercibida, quizá en

buena parte debido a la dificultad de prospectar una tierra secularmente cubierta de encinar y monte bajo, en contraste con las campiñas cerealistas de la mitad sur.

Con el punto de partida de los estudios de don **Antonio Carbonell**, el gran conocedor de la carta arqueológica cordobesa en estas latitudes, y de los trabajos poco concretados de **Aulló**, una serie de estudiosos (**De los Santos, Bernier, los Leisner, Ulbert, Domergue, Blázquez, Almagro, Iglesias, Bendala**, etc.) se han ocupado, con mayor o menor detenimiento, de la arqueología serrana en general y pedrocheña en particular.

Con noticias esporádicas y con la publicación de los

Panorámica del cerro donde se ubica el yacimiento de la Atalayuela.

cuadernos de campo de **Carbonell** se ha diseñado a esta zona como uno de los ámbitos más espectaculares del territorio andaluz en determinados horizontes prehistóricos y antiguos.

Así conocemos, aunque de manera bastante deslavada, el impresionante impacto que hizo en esta tierra el fenómeno megalítico, la cultura representada por el mundo de las "estelas del suroeste" o la extraordinaria floración de asentamientos visigodos, por sólo citar tres ejemplos de los más sintomáticos.

En cambio existen fuertes lagunas en la ocupación de la zona, particularmente señalables en los horizontes protohistóricos que se sospechaban presentes pero que apenas habían hecho su aparición en la bibliografía.

Es comúnmente aceptado el hecho de una celtización de las áreas septentrionales de la provincia de Córdoba, en relación con la **Beturia** de los túrdulos, a que me referiré más adelante. Pero han existido pocos elementos para una interpretación arqueológica de esta cuestión. Por otra parte, el espectacular despliegue de la Cultura Ibérica en tierras de Córdoba al sur del Guadalquivir, parece no tener un equivalente en los terrenos hercinianos de la margen derecha. La Protohistoria cordobesa se presenta en cierto modo asimétrica, tomando como eje divisorio el propio río.

Sin embargo, espigando en la bibliografía y con algunos puntos de apoyo fruto de la prospección directa, se puede iniciar la elaboración del mapa de dispersión arqueológica del norte de la provincia, referido estrictamente a algunos aspectos concretos de la Protohistoria.

Queda por fijar el ámbito de irradiación del ambiente indígena del Bronce Final del que he conocido en el "Valle de Los Pedroches" elementos claramente correlacionables con el mundo de las cerámicas modeladas de la "Campiña" bética (Setefilla, Alhonor, Aguilar de la Frontera,



Anfora iberopúnica de "fondo de saco".

Santaella, Monturque, etc.), pero los datos de que se dispone por el momento apenas rebasan lo anecdótico. Además, las alusiones sobre cerámica a mano "negruzca, cenicienta y tosca" no ayudan a una reconstrucción fiel de este horizonte.

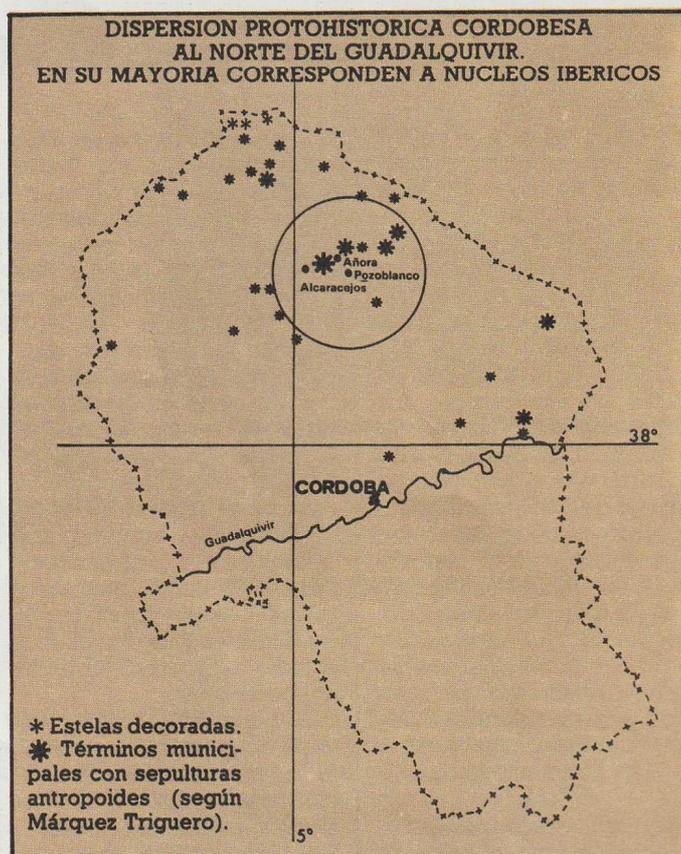
Por otra parte, el capítulo inmediato de las colonizaciones protohistóricas mediterráneas apenas si se ha insinuado en esta tierra hacia donde sin duda existió una corriente cultural de este signo, quizá propiciada por la vía abierta desde la Prehistoria por el mundo de los megalitos.

Se ha apuntado, empero, la posibilidad de unas conexiones con los ambientes orientalizantes, que dejarían en la zona el testimonio de los abundantes sepulcros antropoides que salpican el "Valle", aunque falta el documento aportado por la cerámica para fijar con más propiedad este horizonte.

Uno de los documentos arqueológicos más interesantes en la Protohistoria pedrocheña está representado por el capítulo que suponen las "estelas decoradas del suroeste peninsular" cuya prolongación se ha documentado con los tres ejemplares que hasta ahora han aparecido en el término de El Viso. Pero sigue en pie el problema sobre el origen de estas losas sepulcrales y por el momento no se pueden establecer afirmaciones categóricas sobre su procedencia centroeuropea o mediterránea. Si corresponden a una etnia céltica o si se correlacionan culturalmente con una fase orientalizante que, aunque apenas se nos insinúa por ahora en el norte de Córdoba, está ampliamente representada en Extremadura.

Así pues, presento en el mapa provincial la dispersión protohistórica, exclusivamente de las áreas norteñas, referido a los horizontes cuya constatación es segura, aunque con plena constancia de provisionalidad.

La escasa investigación metódica que se ha efectuado



dificulta mayores precisiones y quizá sea la causa del desconocimiento que existe sobre ambientes concretos como el celta. De ahí el interés en dar a conocer los materiales que nos ocupan, que constituyen una aportación muy poco frecuente hasta ahora en el ámbito provincial.

Lamentablemente la información arqueológica que publico ahora ha sido consecuencia de excavaciones clandestinas cuya autoría desconozco y cuya noticia me ha llegado a través de mis alumnos del Instituto de Bachillerato de Pozoblanco.

EL YACIMIENTO DE LA ATALAYUELA

Se encuentra a mitad de camino entre las localidades de Añora y Alcaracejos, dentro del término municipal de este último, en un paisaje abierto de penillanura limitada al norte por discretos rebordes montañosos que no son suficiente orografía como para configurar un valle.

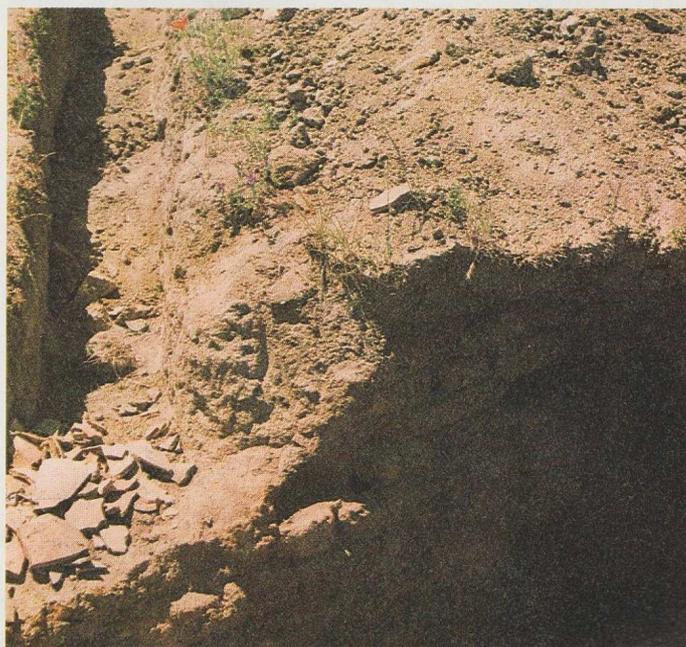
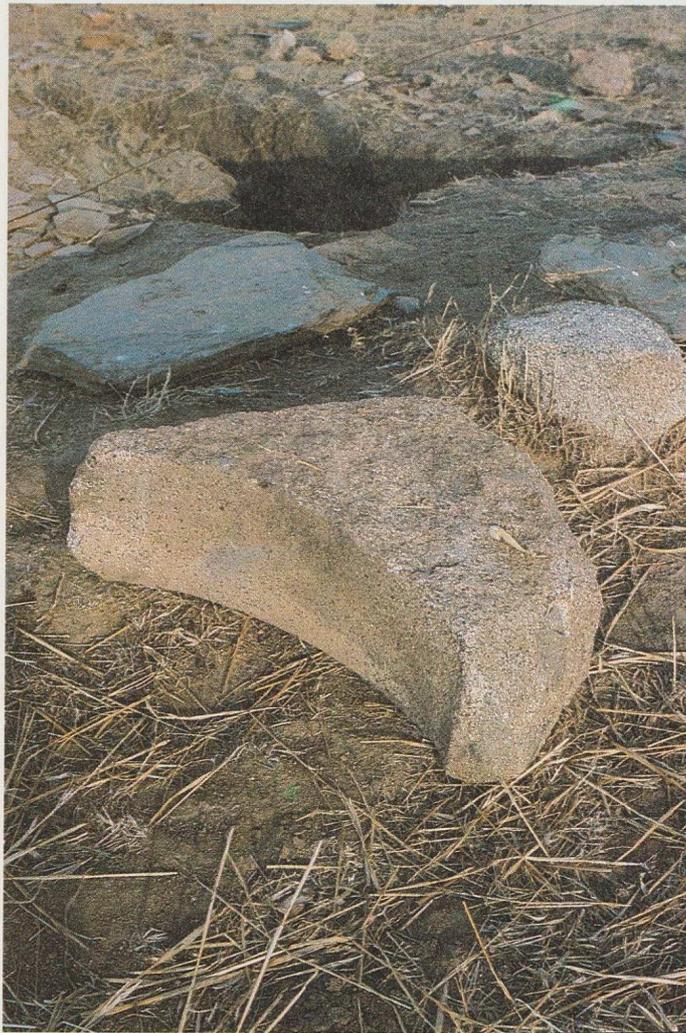
Zona cerealista y de pastizal, salpicada por algunas explotaciones mineras en muchos casos milenarias.

Apenas destacada de su entorno inmediato se levanta una suave colina de contorno alargado y dirección N.-S., coronada por la cota 611 m. en cuya cima —como ocurre casi siempre— se agazapan, bajo una estratigrafía aparentemente muy somera, las ruinas de un poblado ibero-celta que la actuación de arqueólogos espontáneos ha permitido comenzar a vislumbrar.

Este lugar es conocido con el nombre de "Atalayuela", topónimo casi genérico por su frecuencia en la comarca y denominador común de yacimientos arqueológicos de diferentes cronologías.

El que ahora nos ocupa se comprende dentro de las coordenadas de 38° 24' 20" lat. norte y 4° 56' 10" long. oeste y está rodeado por los arroyos de Caozo, la Tesera y Guadarramilla.

Resulta difícil delimitar en



Arriba: Objetos de granito al pie de la excavación. Abajo: Vista de la excavación clandestina en el poblado de la Atalayuela.

una simple prospección la extensión del poblado, puesto que el contexto superficial es poco abundante y en el momento de mi visita había pendiente la cosecha de cereal que cubría buena parte del yacimiento.

No obstante, parece ser que se trata de un pequeño núcleo asentado en las inmediaciones de la cota superior. El relieve suavemente alomado de este lugar y el escaso realce topográfico, que apenas destaca en la línea del horizonte, diluyen en la Atalayuela las notas típicas de acrópolis que suelen tener estos poblados y le hacen pasar inadvertida, más aún por cuanto no se divisa allí el más mínimo vestigio de líneas de fortificación ni de ninguna otra estructura superficial.

La labor de los excavadores se ha centrado en un área de algo más de 2 m² en la que se ha entrado en profundidad, aunque parece ser que sin llegar a tomar contacto con la roca virgen, y unas trincheras de menor profundidad. Todo sin el más mínimo método, con el único propósito de expoliar los ajuares soterrados y cortando la tierra hacia abajo y en forma de concavidad, lo que además dificulta la visión de una estratigrafía que parece existir.

En esta zona se han exhumado unos muretes de adobe en los que me ha parecido ver dos fases de edificación, cubierta por una capa de carbonización discontinua que, dadas las circunstancias, resulta difícil atribuir a restos de hogares o a destrucción del habitáculo mediante incendio, lo que parece más probable.

Estas pequeñas estructuras corresponden a una vivienda de planta probablemente cuadrada o rectangular y su propia naturaleza de barro resulta chocante en una zona en que el granito es parte consustancial de un urbanismo ancestral. Sólo justificable en el carácter primitivo del poblado y quizá en la inestabilidad ocupacional a que luego aludiré.

En un estado de conserva-

ción excepcional, tanto de muros como de ajuares, a pesar de la escasa potencia de relleno (50-100 cm.), lo que únicamente se explica en una tierra tradicionalmente dedicada a pastizal y con un laboreo poco profundo.

LOS AJUARES

En esta reducida área de "excavación" se ha localizado un lote de material arqueológico verdaderamente numeroso, prueba de que se ha entrado a saco en el meollo del habitáculo.

En los alrededores de la zona afectada, numerosos restos cerámicos a torno son el testimonio de destrozos antiguos y recientes. Dejo aparte este contexto, en su mayoría atípico, y me limito a la presentación del conjunto más interesante y que aporta una tipología concreta.

A efectos de localización de paralelos —y aun consciente de lo que supone de estereotipo— establezco la siguiente clasificación:

Materiales ibéricos

Incluyen cerámicas de facies común y pintada y algún otro elemento. El ejemplar más llamativo corresponde a un ánfora aproximadamente de 1 m. de altura, forma ovoide con boca vertical y asas de "orejetas". Tiene el típico perfil de "fondo de saco" de las ánforas ibero-púnicas con base redondeada. Con fuertes marcas del torno y superficie arcillosa, como corresponde a este tipo de manufacturas, se conserva prácticamente completa con algunos retoques recientes en el borde, prueba de la forma de exhumación. Posiblemente descansaría de pie en el interior del habitáculo, por lo que lo primero que advertirían los excavadores sería precisamente la parte superior de esta pieza.

Además de este ejemplar se han localizado casi una veintena de fragmentos pertenecientes al parecer a dos urnas de facies pintada. La ti-



Arriba: Detalle de la estructura de adobe. Abajo: Vaso ibérico de las proximidades de la Atalayuela. Cerámica ibérica pintada de la Atalayuela. Puntas de flecha de Pozoblanco.

pología que se puede advertir corresponde a formas tardías del mundo ibérico. Son perfiles globulares de cuello poco desarrollado, labio al exterior y fondo rehundido. Presentan un acabado superficial esmerado con alisado intenso color ocre claro y decoración rojo-amarronada en forma de bandas y líneas.

Además de estos materiales de Atalayuela incluyo dos puntas de flecha de bronce, pertenecientes a la colección del Círculo de Bellas Artes de Pozoblanco, cuya procedencia, aunque no documentada, es sin duda alguna de las zonas de la Protohistoria pedrocheña, y un plato ibérico de cerámica común y superficie arcillosa procedente de una huerta de las inmediaciones de Atalayuela, zona de expansión arqueológica del poblado.

Cerámicas célticas

Constituyen lo más interesante del lote por lo que suponen de aportación al conocimiento de la celtización de Andalucía y por el interés intrínseco del material.

En total se han contabilizado cinco piezas, todas a torno, cuyo análisis somero es el siguiente:

— Vaso de perfil en "S", con fuertes marcas del torno y superficie gris oscura muy brufida. Fragmentado en el momento de la excavación. Cocido en atmósfera reductora.

— Jarra piriforme de cuello erguido y labio saliente horizontal. Tiene la superficie de color ocre claro y con un espatulado muy intenso que oculta las marcas del torno. Cocida con fuego oxidante.

— Embudo. Perfil curvo, sin espacios angulosos y borde en visera. El color y tratamiento superficial son similares a los de la pieza anterior, aunque de alisamiento menos intenso y exterior más erosionado. Se le aprecian más nítidas las marcas del torno. Empleo de fuego oxidante.

— Pequeña jarra globular de labio saliente y asa dia-

metral muy gruesa. Superficie intensamente bruñida color ocre oscuro. Fuego oxidante. Presenta fracturas, consecuencia de la actuación de los excavadores.

— Fragmentos concertados de una pieza similar a la anterior aunque de mayor tamaño. No dan el perfil completo. El color y tratamiento superficial son similares a la anterior, aunque presenta una decoración lineal muy borrada, en forma de dos pares de triples hileras junto al cuello y sobre el galbo.

Objetos líticos

En el mismo expolio han salido los siguientes materiales líticos:

— Dos molinos de mano de tipología barquiforme y con los extremos levantados. Labrados en granito y de gran tamaño (30-40 cm.).

— Un objeto que parece tratarse de un exvoto o cualquier otro elemento cultural. Es un simple guijarro alargado con dos incisiones oculares.

EL AMBIENTE ARQUEOLÓGICO DE LA ATALAYUELA

El análisis tipológico de los ajuares de Atalayuela y el estudio de sus paralelos nos remite a unos ámbitos arqueológicos multidireccionales en los que el rasgo más sobresaliente es la heterogeneidad, fruto de un entrecruzamiento de influencias del sur y del norte que van a converger en la zona de Pedroches en un momento determinado.

La distinción que he establecido entre cerámicas ibéricas y célticas esquematiza esta doble procedencia, introduciendo el rasgo de sincretismo cultural que es lo que mejor define el ambiente arqueológico que parece existir en el poblado.

Estamos en presencia de un foco interesante de iberismo en la porción septentrional de la **Turdetania** del que se nos muestran ejemplos



Cerámicas célticas. Jarra a torno con asa diametral. Jarra a torno de superficie bruñida. Embudo.

esporádicos. Precisamente de Alcaracejos se conocía el único ejemplar de casco ibérico, mencionado por **Maluquer**, cuyo paradero actual desconozco, y que según las informaciones recogidas en la zona apareció precisamente en el interior de una mina de las inmediaciones de la Atalayuela.

Es necesario incluir todo el contexto dentro de un núcleo común protohistórico del que forman parte desde el horizonte representado por las "estelas" de El Viso —como testimonio más viejo— a las cerámicas tardoiibéricas del poblado.

El principal problema está en determinar una cronología, a lo que no ayudan mucho las circunstancias del hallazgo, y que se complica además por existir grandes amplitudes de datación entre unos y otros materiales.

El ánfora de orejetas responde a unos modelos muy antiguos de ambientes protoibéricos e ibéricos desde el siglo VI-V a. C. Sus prototipos están en los recipientes púnicos de los que se han derivado ejemplares como éste, de una larga perduración hasta horizontes de un iberismo pleno que es el que se nos muestra en la Atalayuela.

Su procedencia es meridional aunque se entrecruce aquí con materiales venidos de la Meseta. Anforas como ésta aparecen en poblados mineros de Riotinto y en otros núcleos célticos o celtizados de la sierra de Aracena que están siendo estudiados por **Mariano del Amo**. En los hábitats protohistóricos del sur del Guadalquivir, provincias de Córdoba y Sevilla, constituyen elemento frecuente a partir del horizonte de colonización, y en tal ambiente los he encontrado bien representados en las excavaciones de Alhonor.

Menor problema presentan las urnas pintadas, que por su tipología (solero rehundido) y por la simplificación decorativa están dentro de los materiales característicos del tramo final de la Cultura Iberoturdetana. Se puede fechar en el siglo III

a. C., a cuya cronología hay que asimilar las puntas de flecha y el plato, idéntico a los de tantos yacimientos ibéricos de la Campiña meridional del Guadalquivir y perteneciente a la forma 11-12 de la secuencia de Alhonz (1977). Pero entendiendo esta fechación como el momento final de unos prototipos anteriores.

La cerámica que incluyo aquí dentro de la facies céltica son elementos absolutamente novedosos en la zona, a pesar de que se sospechaba su existencia, y verdaderamente infrecuentes al sur del Guadalquivir.

Presentan idéntico problema de fechación puesto que sus paralelos se nos ofrecen en la bibliografía con excesivos márgenes de cronología.

La impresión general es que estamos ante unos materiales venidos de los ambientes celtas y celtíberos de la Meseta y el Valle del Ebro. Por sólo poner algunos ejemplos de sus paralelismos tipológicos vemos conexiones con ambientes tan característicos como la necrópolis de las Cogotas (Ávila) donde encontramos urnas cinerarias a torno muy similares al vaso de perfil en "S" de Atalayuela y otras con asas diametrales. También en la provincia de Ávila, la necrópolis de la Osera en Chamartín de la Sierra proporciona elementos de comparación con urnas en "S" y de asas diametrales fechadas en un período poshallstático, prerromano, del siglo III a. C.

Además de los hallazgos en necrópolis, también tenemos ejemplos en los focos más genuinos del celtiberismo hispano, como Numancia, que, además de las ollitas de asas diametrales, tiene muy abundante la forma de embudo, aunque con una cronología del siglo I a. C. que parece excesivamente baja como elemento de comparación. En cambio las ollas con asas diametrales de Numancia, consideradas como elementos ibéricos novedosos, se han fechado entre los siglos IV-II a. C.

En el Valle del Ebro no es muy abundante, aunque está



Arriba: Molinos barquiformes de granito. Abajo: Jarra céltica fragmentada, de asa diametral.



Esquema de la posible guía de la comunicación entre los prospectores mineros protohistóricos entre la sierra onubense y los poblados de la porción cordobesa de Sierra Morena.

presente este ejemplar en algunos lugares, como Arnedo (Logroño), donde se paraleliza con áreas próximas en la provincia de Álava y se incluye en la forma V. No tiene antecedentes en la cerámica a mano y se sitúa a partir del siglo III a. C. Por su parte, **Pellicer** fecha este vaso en el Valle del Ebro entre el 450-300 a. C.

INTERPRETACION HISTORICA DEL HALLAZGO

Partiendo de esa dualidad que acabo de señalar, el hallazgo de Atalayuela es una extraordinaria aportación arqueológica para el conocimiento de la interconexión en la Penillanura de Los Pedroches de dos ambientes diferentes desde el punto de vista cultural y posiblemente étnico.

La parte ibérica supone la prolongación hacia el norte del foco del Guadalquivir central hacia las áreas septentrionales. Que esta irradiación se produzca en la fecha que señalan las cerámicas o que exista un sustrato anterior es cuestión que no se puede determinar, dadas las circunstancias de la excavación. Sin embargo, el hecho de aparecer en la zona materiales de una facies Bronce Final y la larga tradición cultural desde el Calcolítico refuerzan la sospecha de que estamos tan sólo ante un ejemplo de iberización de baja época, conectada con otros ambientes coetáneos de la misma comarca (quizá el de Majalaiglesia en El Guijo) que serían la consecuencia de una fase expansiva anterior asentada en hábitats próximos o bajo los niveles tardoibéricos del poblado de Atalayuela.

Aunque el hecho de que desconozcamos las raíces iniciales de este poblado y la inexistencia de líneas de fortificación, así como la propia provisionalidad de muros de adobe, parecen indicar una escasa vinculación al terreno, quizá un establecimiento de nueva planta o la existencia de fases de ocupación

discontinuas y estacionales con pocas complicaciones urbanísticas.

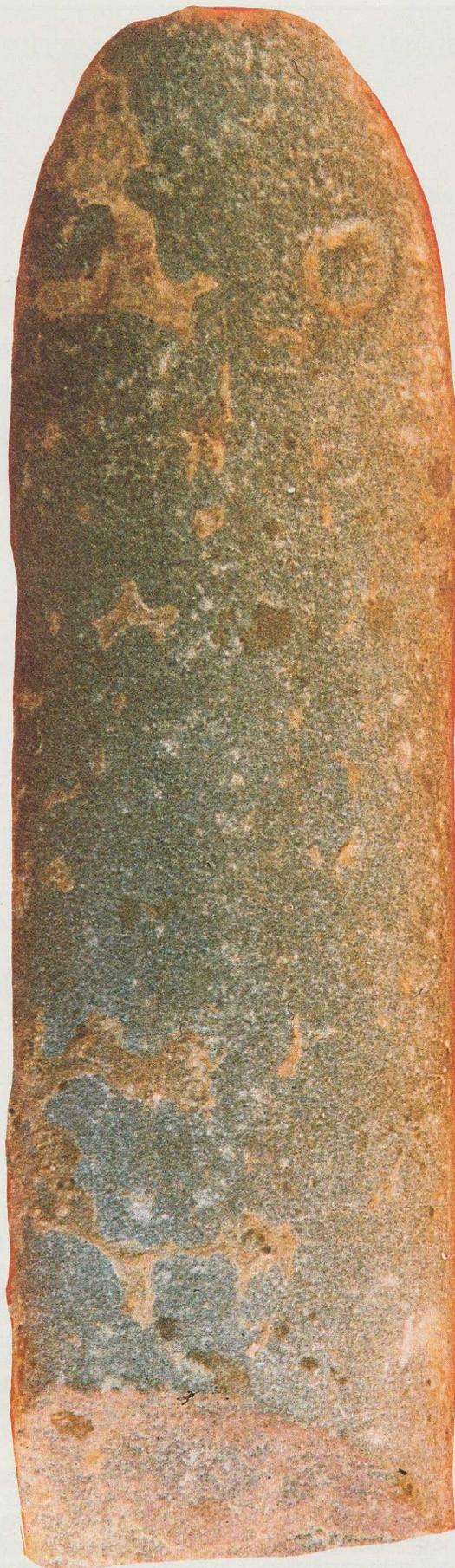
Sería un pequeño poblado de mineros que compaginaban esta actividad con la explotación cerealista del entorno, de lo que nos ha quedado la muestra de los dos molinos de mano, y quizá con un pastoreo del que no tenemos constancia.

La dedicación minera es una constante en la zona, como economía ancestral desde época prerromana, que se documenta en la abundancia de molinos de piedra que ofrecen los yacimientos de Los Pedroches. En Alcaracejos se extraía plomo argentífero en la Antigüedad y la presencia de afloramientos en las proximidades de la Atalayuela —probablemente muy viejos— hay que interpretarla como la incentivación que provocaría el desplazamiento de estas gentes desde áreas septentrionales y occidentales.

Es el corrimiento de los prospectores metalúrgicos de la zona de Huelva por un camino abierto desde la Prehistoria el que pondría en comunicación estas áreas serranas de Córdoba con sus equivalentes de la Sierra Morena occidental. Posiblemente a través de la misma ruta que trajo al Valle de Los Pedroches la cultura megalítica llegarían estos nuevos mineros en el tramo final de la Protohistoria.

Los contactos de los metalúrgicos pedrocheños con poblados como el de Chinflón, en la sierra onubense, parecen seguros. Y esta conexión, muy vieja, hubo de acentuarse a finales de la Edad del Bronce en coincidencia con el perfeccionamiento de las técnicas de manipulación del metal.

Por otra parte, la pertenencia de la zona al ámbito cultural representado por las "estelas del suroeste" la vinculan con el mundo meseteño a través de donde llegarían los productos célticos. De aceptar la tesis indoeuropeísta de estos monumentos sepulcrales, las tres estelas de El Viso serían el primer capítulo de una etnia que primero apa-



Exvoto oculado de piedra.

rece citada en las fuentes con el nombre de **cempsí** y que luego se mencionan con el apelativo de **celtici**.

En cualquier caso el hallazgo de Atalayuela viene a prestar una apoyatura, excepcional por lo infrecuente, al conocimiento de la irradiación en la zona de elementos célticos y de la línea de contacto que supone de estas gentes con el mundo ibero-turdetano, dentro del tronco de los **turduli**.

Posiblemente la atracción hacia esta tierra estuviera determinada, como se ha indicado, por el desarrollo urbano del Valle Bético en la Protohistoria. Pero en el caso concreto de Atalayuela parece seguro que operaron estímulos de base minera como determinantes de un movimiento por la banda derecha del Guadalquivir que hubo de suponer un trasiego de gentes entre las sierras de Aracena (Castañuelo) y Riotinto con esta porción cordobesa.

Estas áreas geográficas constituyen un mundo cultural uniforme que se integra dentro del espacio que la Historiografía antigua llamó **Baeturia**, citada por **Estrabón** y **Plinio**: *Quae autem regio a Baete ad fluvium Anam tendit extra praedicta Baeturia appellantur in duas divisa partes totidiemque gentes, Celticos qui Lusitaniam attingunt, Hispalensis conventus, Turdulos qui Lusitaniam et Tarraconensem accolunt, iura Cordubam petunt... altera Baeturia, quam diximus Turdulorum et conventus Cordubensis habet oppida non ignobilia Arsam, Mellariam, Mirobrigam Reginam, Sosintigi, Sisaponem* (N. H. III, 13-14).

La narración pliniana introduce una serie de topónimos pertenecientes al **Conventus Cordubensis** que se vinculan más o menos directamente al Valle de Los Pedroches, correspondientes a otras tantas urbes localizadas con seguridad, que están equidistantes del poblado de Atalayuela y que hay que interpretar como la infraestructura urbana sobre la que se sustentarían las



áreas de expansión en las que se incluirían pequeños poblados mineros de este tipo.

Es una muestra de la pujanza demográfica de la Beturia túrdula en época prerromana. Porque independientemente de las menciones contenidas en los textos antiguos, la raíz primitiva de

este urbanismo es muy anterior a las alusiones romanas.

El hallazgo de Atalayuela nos plantea el problema de su fechación, que se acentúa por el margen cronológico amplio en que aparecen paralelizados sus materiales.

La primera impresión que causan las estructuras en que han aparecido estos

ajueros es su fuerte indigenismo. Por otra parte, no existe el más mínimo vestigio de romanización entre los materiales expoliados. Y ello a pesar de la rápida incorporación de esta zona al juego de intereses representado por Roma y a la profunda latinización que aquí se realiza.

Por ello, a pesar de la cro-

nología excesivamente baja a que nos llevan algunos de los objetos recogidos, me inclino a proponer como época de ocupación del poblado unos momentos anteriores a la presencia de Roma. Independientemente de las rectificaciones que imponga la futura investigación que se siga en el yacimiento, provi-

sionalmente estimo entre principios del siglo IV y mediados del III a. C. como principales jalones cronológicos en que se situaría la existencia de este hábitat cuya vida, como he indicado, posiblemente no seguiría una línea continua sino sujeta a fluctuaciones en la ocupación.

La fecha inicial estaría marcada por la aparición de los prospectores mineros de la sierra onubense y otros sectores de la Beturia céltica. La fecha final puede suponerse en la aparición de la estructura militar cartaginesa, posiblemente responsable de la desarticulación definitiva del poblado. En medio, unos ciento cincuenta años durante los cuales irían llegando las gentes de estirpe propiamente celta, septentrional y lusitánica, a través del camino abierto por los indoeuropeos (?) de las "estelas".

Aparte quedan las raíces más viejas de este lugar cuya presencia, si es que está, no se nos ha mostrado en esta improvisada excavación.

Pero en cualquier caso el interés de este hallazgo está en la contribución que presta al esclarecimiento de la celtización de Andalucía, basándose en argumentos arqueológicos.

Disponíamos de excelentes estudios sobre esta materia, que incidían fundamentalmente sobre aspectos lingüísticos. Se tenía la constancia aportada por los "campos de urnas" de Andalucía occidental. Y en medio de ello el irresuelto problema sobre el origen de las "estelas". Se conocía el documento, ya clásico, que había supuesto el tesoro de "Los Almadenes" de Pozoblanco, algunos de cuyos objetos pueden correlacionarse cronológicamente con el hallazgo de Atalayuela. Habrá que esperar, en fin, a la publicación de las investigaciones del Sr. Del Amo a cuyas conclusiones subordino la valoración cronológica de este ambiente, hasta que se efectúen excavaciones metódicas en el poblado de Atalayuela. Pero mientras tanto pretendo ofrecer mi contribución con la



Fragmentos de cerámica ibérica pintada. Proceden de las excavaciones clandestinas realizadas en la Atalayuela.

publicación de estos materiales.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M.:** Dos nuevas estelas decoradas de la Andalucía occidental, XI C.N.A., Zaragoza (1970), págs. 315 y ss.
- BENDALA, M.; HURTADO, V., y AMORES, F.:** Tres nuevas estelas de guerreros en la provincia de Córdoba, HABIS, 10-11, Sevilla (1979-80), págs. 381-390.
- BLANCO, A.:** Antigüedades de Riotinto, ZEPHYRVS XIII, Salamanca (1962), págs. 31-45.
- BLANCO, A.; LUZON, J. M., y RUIZ, D.:** Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva), Sevilla (1970).

- BLAZQUEZ, J. M.:** Problemas en torno a las raíces de España, HISPANIA, 112, Madrid (1969), págs. 245-286.
- BLAZQUEZ, J. M.:** Poblado de esclavos mineros en Fuenteovejuna, REV. DE ARQUEOLOGIA, n.º 3 (enero 1981), págs. 7-12.
- CABRE, J.:** Excavaciones de las Cogotas, Cardeñosa (Avila). II La necrópolis, J.S.E.A., n.º 120 (1932).
- CABRE, J.; CABRE, E., y MOLINERO, A.:** El castro y la necrópolis de hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila), A.A.H., V (1950).
- CARBONELL, A.:** Contribución al estudio de la Prehistoria cordobesa. La zona de Villanueva de Córdoba. B.R.A.C., n.º 19 (1927), págs. 413-430.
- CASTIELLA, A.:** La Edad del

- Hierro en Navarra y Rioja, Pamplona (1977).
- CORZO, R. y JIMENEZ, A.:** Organización territorial de la Bética, AEspA, n.º 53 (1980), págs. 21-47.
- GARCIA IGLESIAS, L.:** La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua, AEspA, n.º 44 (1971), págs. 86-108.
- IGLESIAS, J. M.:** Estela inédita hallada en El Viso (Córdoba), AEspA, n.º 33 (1980), págs. 189-194.
- IGLESIAS, J. M.:** Nueva estela decorada procedente de El Viso (Córdoba), ZEPHYRVS, XXX-XXXI (1980), págs. 254-256.
- LOPEZ PALOMO, L. A.:** La Cultura Ibérica del Valle Medio del Genil, Córdoba (1979).
- LOPEZ PALOMO, L. A.:** Alhonor (Excavaciones de 1973 a 1978), N.A.H., n.º 11 (1981), págs. 33-187.
- MALUQUER, J.:** Pueblos ibéricos, Historia de España dirigida por M. Pidal, Madrid (1976), pág. 358.
- MALUQUER, J. y TARACENA, B.:** Los pueblos de la España céltica, Historia de España dirigida por M. Pidal, I-3, Madrid (1976).
- MARQUEZ TRIGUERO, E.:** Sepulturas antropoides del Valle de Los Pedroches, B.R.A.C., n.º 108 (1985), págs. 81-104.
- PELLICER, M.:** La cerámica ibérica del Valle del Ebro, Cesaraugusta, 19-20.
- PELLICER, M.; ESCACENA, J. L., y BENDALA, M.:** El Cerro Macareno, E.A.E., n.º 124, Madrid (1983).
- PELLICER, M. y HURTADO, V.:** El poblado metalúrgico de Chinflón (Zalamea la Real-Huelva), Universidad de Sevilla (1980).
- SANTOS, S. de los:** El tesoro celtibérico-romano de Los Almadenes en Pozoblanco, B.R.A.C., n.º 21 (1928), págs. 27-60.
- TOVAR, A.:** Las monedas de Obulco y los celtas en Andalucía, ZEPHYRVS, III (1952), págs. 219-221.
- WATTENBERG, F.:** Las cerámicas indígenas de Numancia, B.P.H., V, Madrid (1963).

